



Alcidos Spelucín

ALCIDES SPELUCÍN, EL POETA DE LA NAO DORADA

Teodoro Rivero-Ayllón¹

*A la Ecma. Embajadora de la hermana
República de Cuba, Lic. Juana Martínez González*

1

En 1945 me sería dable conocer a Alcides Spelucín, el poeta de *La Nave Dorada*, y uno de los más eminentes miembros del Grupo Norte, de esa pléyade de poetas y artistas.

Mediano el porte, pausado el caminar, fino y cortés el trato. (Antenor Orrego lo describiría: “un-cioso y serio como un sacerdote”).

Era un esteta auténtico.

Tal vi a Alcides Spelucín, en 1945, cuando salido de los duros, oscuros días de la persecución contra el A.P.R.A. —tras la sangrienta Revolución de Trujillo de 1932, los fusilamientos masivos en Chan Chan, el martirologio de Manuel Arévalo—, llegaba él a Ascope como candidato a una Senaduría por La Libertad.

Andaba por los 50: Todavía el cutis sonrosado. Achinados los ojos. Castaños los cabellos que ya enrarecían. Ancho y poblado el bigote. Los lentes, con gruesos marcos de carey.

Lo traté con mayor frecuencia en 1946, cuando ya Senador de la República, visitaba reiteradamente nuestra ciudad con ocasión del centenario de la creación política de Ascope, y se alojaba en casa de don Humberto Ríos Marín, nuestro generoso alcalde —uno de los mejores que hayan regido la ciudad a lo largo de su historia—, en tiempos de las Juntas Transitorias Municipales (1945-1948).

La casa de nuestro alcalde había sido justamente aquella en que discurrió la infancia de Alcides, el futuro “Poeta del Mar”, junto a sus padres, don Belisario Spelucín Alva y doña Clotilde Ana Vega Rabines, y once de los catorce hermanos que habían sido en total.

Yo trabajaba para don Humberto Ríos Marín. Es más, fui su protegido, su engréido, y era como de casa. Y, por ello, mis primeras evocaciones de Spelucín, arrancan de aquí: del poeta y su antiguo hogar. Y de la amistad que los unía con Ríos Marín y su noble esposa doña Carolina Alcalde de Ríos.

En cuanto al poeta, recuerdo —como he dicho— su trato agradable, su talante parsimonioso, su plática amena.

Recuerdo una libreta de apuntes que llevaba consigo, de pastas negras, en que lo anotaba todo.

¹ Docente de la Universidad Nacional de Trujillo, donde ha sido Jefe del Departamento de Lengua Nacional y Literatura. Licenciado en Educación con mención de Lengua y Literatura, periodista, magister en Psicología Educativa. Realizó estudios en Derecho y Ciencias Políticas en pregrado y doctorado. Doctor Honoris Causa en Literatura conferido por la Academia Mundial de Artes y Cultura, registrada en el Estado de California, USA, y adscrita a la UNESCO.

Recuerdo el autógrafo que me obsequió, y en la primera página sus cariñosas palabras, sus paternales consejos conducentes a la buena lectura y a una vida recta.

Recuerdo su firma: letra fina, menuda, muy clara y elegante, que me causó extrañeza porque iniciaba sus nombres con minúscula, en tanto la “e” intermedia de *alcidEs*, como la de *spElucín*, eran mayúsculas...!

¡Ah!, y recuerdo también algunas noches de tertulia en que —presentes por lo regular don Victoriano A. Pinto, mi maestro de primeras letras (estaba emparentado con Spelucín), y nuestro párroco, el Rvdo. Padre Carlos Germán Cerna del Pino, —huamachuquino ilustre, pintor, escultor, músico, espíritu sensitivo, alma de artista—, hablaba el poeta de los días de infancia, de su familia, y hasta de un monje de tiempos coloniales que solía aparecéseles en las sesiones de espiritismo cuando su hermana Carmela obraba de médium, y cuyo fantasma aterrorizó a una pobre criada, a la hora del anochecer, en la penumbra de uno de los patios solitarios, a punto de hacerla caer de bruces, echando espuma por la boca...!

Nos refería anécdotas de la mamá, “muy linda, muy religiosa y muy alegre”; del padre, que fue diputado pardista; de las dos ayas negras y el cocinero chino, que hacía las delicias de la mesa.

Tempranamente se había aficionado a la lectura en la hermosa biblioteca heredada de un tío religioso, Monseñor Gastañodí, lo que emparentaría tal vez a Spelucín con José Santos Chocano, el “Poeta de América”, cuya madre doña María Aurora Gastañodí era trujillana, oriunda de Otuzco.

Recordaba las tertulias literarias en casa, y una amplia habitación que, con un estrado, había destinado la familia Spelucín a representaciones teatrales y recitales poéticos para su propio regocijo.

Tenían, nos refería, tres tiendas comerciales con vista a la plaza de Armas, en tiempos de don Víctor Larco Herrera, el filántropo, quien habría de morir más de las penas de la ingratitud humana que de las pobrezas en que lo dejó la magnanimidad de su espíritu...

Hablaba del almacén de vinos, en una de sus tiendas, y donde Francisco, el más pequeñuelo y travieso de todos los hermanos, se perdió un día, para que lo encontraran completamente dormidito, al pie de uno de los más grandes toneles...!

Hablaba del primero de sus abuelos quien vino en el pasado siglo, y refería que el verdadero apellido —de origen italiano—, era *Speluccini*, el cual, ya castellanizado, devino Spelucín.

Hablaba de sus viajes por América, y de gentes que había conocido. (Carlos Manuel Porras me recordaba una frase —dicha así en tono ceremonioso y lento—, reiterativa en Alcides, al evocar sus días en La Habana: “Cuando caminábamos por la Avenida Pi y Marjal...”).

Traslucía Spelucín —en todas sus conversaciones— su amor por el mar.

¿No sería Alcides —pienso ahora— tan dado a cantar el mar, sus barcas y misterios, reencarnación de algún diestro marinero italiano de otra época?

¿O el soñador timonel de alguna errante barcarola, enamorado de la luna, de la noche y el mar?

¿O la de uno de esos viejos, retirados «lobos marinos» que, ya en un puerto del Mediterráneo o en alguna fría caleta nórdica —ahíto de tanto ir y venir por los anchurosos caminos del océano—, se recreara viendo su propia imagen diluida en los evanescentes espejos de un alegre bar, entre «vasos llenos, humo denso, carcajadas, naipes, dados...»?:

¿Qué mar remoto no he cruzado?
¿Qué ruta queda por seguir?
¿Qué costa de oro no he abordado,
Pafos, Citeres, Cuba, Ophir...?

Aquí en Ascope, en el patio de su antigua casa solariega, lo sorprendí alguna vez solo, ensimismado, como en diálogo con las hogareñas sombras tan queridas de un ayer que pretendiera rescatar.

De “un dulce y tierno ayer”, que él continuaba amando:

*¡Cómo te estoy gustando, oh dulce y tierno ayer,
y qué suave romance vas diluyendo en mí!
Tus viejos mostos rubios, canción, risa, querer
Llenan de nuevo el cáliz del corazón rubí.*

*¡El panorama antiguo vuelve otra vez a ser
aquel amable reino que abandoné y perdí!
¡Las alas que me rozan me están haciendo ver
no sé qué aves celestes que sólo presentí!*

*¡Ronda de pasos muertos! ¡Sonora infancia loca!
¡Ceniza que huye al soplo tibio de alguna boca!
¡Paraíso perdido que vuelves a mi ser!*

*¿Con qué alma de niño voy a poder gozarte?
¿Con qué ojos angélicos voy a poder mirarte,
oh, panorama antiguo, oh, dulce y tierno ayer?*

(“¡Oh dulce y tierno ayer!”).

* * *

De su poesía supe —propriadamente— más tarde, en Trujillo, cuando en casa del poeta Francisco Xandóval (1900-1960), mi maestro de Literatura —ascopano como él y como yo—, empecé a familiarizarme, estremecido de emoción, con los versos melódicos de *El Libro de la Nave Dorada*, el primogénito de Alcides, muchos de los cuales el poeta y su esposa doña Rosina Espejo Asturrizaga, se sabían de memoria. ¡Y qué bien los recitaban!

Comencé entonces a encariñarme con ellos. Inolvidables versos: plásticos, marmóreos, parnasianos.

Era Spelucín el cantor de aquellas ágiles naos de albo velamen que, envueltas en el oro del atardecer, enfilan lentas en la quietud religiosa de la hora, como “un éxodo blanco de pájaros marinos”:

*Fletados de crepúsculo, de los muelles de Oriente,
parten a la hora sexta muchos barcos divinos
se van en teoría meditativamente
como un éxodo blanco de pájaros marinos...*

.....
 (“Los Barcos de la Tarde”).

Spelucín, el armonioso cantor de barcas olvidadas, como aquella “Musardina”:

*Medio deshecha con su enorme boquete en el costado,
francamente es triste condición esa de la “Musardina”.
¡Tirada allá, tan lejos, a toda ventolina,
como un pájaro herido al que nadie ha curado!*

*¡Porque para que la tengan así, como a un apestado,
a ella que fue leve como una ala marina,
mejor se está en el fondo, sobre la arena fina,
entre las algas suaves y el coral sonrosado!*

*¡La dejarán podrirse como a cosa inservible;
le robarán sus tablas para hacer combustible
los portuarios lobeznos y los viejos tatuados...!*

*¡Así se irá por siempre la pobre "Musardina",
la que fuera tan leve como una ala marina
y anidara en lejanos horizontes dorados...!*

("Elegía de la 'Musardina'").

El aeda de esos solitarios barcos abandonados en la playa, al murmullo de las olas y el palor de la luna:

*¡El barco abandonado parece un alma en pena
Tiene el negro ungimiento de las hechicerías;
medrosa, de su casco se aleja esa sirena
que tienta de pecado a las marinerías.*

*En las mágicas noches —azul y luna llena—,
hay a su bordo danzas de fantasmagorías,
al ritmo chirriante de una vieja cadena
que reza un oxidado responso de agonías.*

*Alma de exorcizado, perfil de misa negra,
parece que en las noches, taumaturgo, señala
con el largo trinquete fantasmal que lo integra,*

*La exodación de Lyra, el paso de Saturno,
y el gesto de esos mundos que nos tienden su escala
de anhelos infinitos entre el azul nocturno!*

("Carbón Marino").

3

¡Modernista cabal!

Lo dice Mariátegui: *"La Nave Dorada* es una encantada prolongación de la "Sinfonía en Gris Mayor" del inmortal Rubén".

Como a Darío, el Mar del Caribe lo inspiró, sí.

Hizo allí en La Habana prolongada escala, enamorado del Mar y del Amor: Tenía 22 años.

Llegó a las Antillas, con previos altos en tierras de Ecuador, de Colombia, de Panamá, de Centro América, hasta alcanzar a Cuba.

Le sedujo la isla y sus palmeras, y esa risa de cristal de Bohemia que tienen sus lindas mujeres.

Y allí se quedó.

Olvidó el novel poeta que el tío lo había enviado con destino a Nueva York para estudiar Ingeniería de Minas, y para que, con su título en inglés, volviera un día a dirigir —caballero en alazán de fino pelaje— las explotaciones de las minas familiares en Sayapullo.

Pero él prefirió el oro de los crepúsculos antillanos, con que fletó —alucinado y codicioso—, sus galeones de ensueño.

No vino con el título esperado. Hizo más: trajo un libro.

Apareció éste siete años más tarde que el primigenio de Vallejo —*Los Heraldos Negros* (Lima

1918)—, el suyo significaría también para el novel autor el auspicioso ingreso en la literatura nacional.

Mas aún, en la de Hispanoamérica.

Tras las palabras prologales de Antenor Orrego, —quien prefació por igual a Vallejo—, *La Nave Dorada* recoge la producción de Spelucín de 1917 a 1921. Esto es, la de los años de su estancia cubana.

Nos lo dice el propio Spelucín en la sugestiva nota con que epiloga el libro:

El Libro de la Nave Dorada fue escrito, casi totalmente, en el seno de la Isla de Cuba, donde el autor vivió días esforzados y gozosos. Enamorado de su gran sol tropical, intentó llevar a su verso una vibración siquiera de tan alta maravilla lumínica. Si en parte ha logrado su fabuloso anhelo, ¡gloria plena a los dioses que le dispensaron tal gracia, y, sobre todo, a la incomparable Isla de Oro que supo acoger, con una dulce suavidad materna, las palpitaciones de esta ilusionada y mortal criatura estética! Amén.

* * *

Estructuralmente, consta el volumen de varios poemarios, cuyos títulos son: “El libro de la nave dorada”, “Aguasfuertes portuarias”, “El libro de las aguasfuertes”, “El poema de las horas”, “El poema de las obsesiones”, “La dulce voz”, “El volatín adorable”, “Fiestas de Luz”, “Otros poemas”.

En total, cuarenta y cinco composiciones dedicadas cada cual a algún amigo o maestro.

Las ornamentaciones estuvieron a cargo de Essquerriloff (Julio Esquerre Montoya), quien laboraba en el diario “El Norte” desde su fundación, y en cuya editorial se imprime el libro.

El motivo, decíamos: el Mar, pero con la omnipresencia del Amor, como lo muestran gran parte de los poemas incluidos: “La obsesión de la carne de Eva”, por ejemplo, y especialmente la serie que integra “La dulce voz”, donde está uno de los poemas que más agradaba a Orrego (a quien está dedicado): “Plegaria de Amor”.

Es ya el amor fugazmente entrevisto como una visión seráfica, tal aquella tarde en Nueva York, en medio de esa “jauría de autos en que más de un *bull dog* rampante ladró a la gentileza del fino potro inglés”.

¡Aquella inolvidable visión, toda joyas, toda perfume, toda languidez!:

Yo la miré y me dije —¿Qué tristeza la agobia?—

Una fulgente estrella floreció en su pupila

y dio a su dulce rostro un éxtasis de novia

y a la dorada tarde un vago tono lila.

Tenía ese prestigio de algo que es sólo un sueño:

Ligero temblor de alas o celaje fugaz.

La emoción, el recuerdo de su paso risueño,

como un cuervo poesco, musitan: “¡Nunca más!”

(“River Side”).

O es ya —como en “La obsesión de la carne de Eva”—, ese “*Vade retro, Satanás!*”, como si Cupido tuviera miedo de quemarse las frágiles alas:

¡Oh, tú, de sangre y fiebre, roja torturadora!

¡Dentellada de crimen! ¡Sibilina señora

de caricias terribles como devastaciones!

*¡Retira ese tu labio que agota mis viñedos
y aduerme la sapiencia fatal de tus diez dedos
que rondan en mi carne como diez tentaciones!*

Decía Leopardi "*Fratelli a un tempo stesso Amore e Morte ingeneró la Sorte*".

Así, en la poesía de Spelucín, junto al Amor, la presencia de la Muerte, el difuminado perfil de aquella Inconocida que acecha —temida— entre las sombras.

Tal en "La obsesión del búho de Palas", "Las ventanas en la noche", y, sobre todo, en "La Gran Danza en La Mayor".

Mas, Spelucín quedará —con toda justicia y, por excelencia— como "el gran Poeta del Mar".

4

Era, después de todo, la hora.

La hora en que ejercía maestrazgo indiscutido en todo el orbe de habla hispana, Rubén, el gran nicaragüense, ese "indio divino, domador de la palabra, domesticador de los corceles rítmicos", que dijo Ortega y Gasset.

Aunque el libro de Spelucín aparece en 1926 —a una década de la muerte de Darío—, en él se recogen, en su mayoría, versos de mocedad.

Tal lo reconoce Orrego —que bien sabía de ello—, en el prólogo.

Las causas: lo tremendamente difícil que era para un poeta —sigue siéndolo aún— publicar sus propios versos. Sucedió igual con Xandóval y sus *Canciones de Maya* (Piura 1941), en que éste recoge versos de 20 años atrás!

De *El Libro de la Nave Dorada*, dice Orrego:

Es un libro de la adolescencia, la labor poética primigenia, que apenas rompe el claustro de la anónima intimidad. [...] Es preciso marcar esto para que el lector se dé cuenta cabal de la pasmosa precocidad del poeta que, cuando escribe este libro, es casi un niño.

* * *

Mas, no obstante tratarse de versos de mocedad, es verdaderamente admirable el dominio, la perfección verbal, la insólita maestría del verso musical y rítmico, de que hace gala Spelucín ya en este libro primigenio.

Señor del ritmo, timonel de la metáfora y la imagen, con una donosura, con una elegancia no repetidas en nuestras letras del continente, de México a la Argentina.

Spelucín fue sobre todo —además de altísimo poeta—, gran dominador de la adjetivación, del epíteto. Del epíteto, que no es —¡no es!— como ignorar textos señalan un adjetivo que expresa simplemente "una cualidad propia del sustantivo al que acompaña": "*blanca nieve*", "*fiero león*" "*manso cordero*", etc.

Veamos algunos casos espigados en este libro auroral y promisor.

Cuando nos habla Spelucín de esas barcas que, entre amarras odiosas "oscilan lentamente su *an- cianidad cautiva...*" O de *soles abstractos*; o de barcos "*fletados de crepúsculo*"; o de "*barrios insomnes*

del suburbio" o de ese *sol aldeano* que al nacer "*es un joven y robusto silvano / que a la Tierra persigue como a una mujer!*"

Este Spelucín que nos describe "*núviles auroras*"; o "*el oro fragante de la mañana*"; o cadenas (las de las barcas) que rezan un "*oxidado responso de agonías*". Y esos "*buhos cartujos*", ese "*cuerpo salomeico*"; ese "*esfíngico mirar*".

Bien dice García Lorca que la metáfora une dos "mundos antagónicos", por medio de *un salto ecuestre que da la imaginación*.

Las barcas de velas que enfilan hacia el rojo poniente, son, para Spelucín "un *éxodo blanco de pájaros marinos...*". En el palio de la noche, la luna es para él un "*casto seno lunar...*"

Nos presenta viejos barcos cuyas proras "*desfloraron sexos de núviles auroras*"

O en la hora de la dura faena portuaria, esos briosos torsos juveniles, se le antojan al poeta: "*retablos de oración muscular*".

Y esta joya metafórica:

*"Y tiemblan, perfumados de rosas y jacintos,
tus senos ; Oh, palomas locas del corazón!"*

Sí, si como quería Marcel Proust, "Sólo la metáfora puede dar un giro de eternidad al estilo", el de Spelucín, Señor de la Metáfora, Dómine de la Imagen, es un estilo de eviterna lozanía.

* * *

Mas no quedará sólo por ello. Spelucín fue mucho más allá del culto a la forma por la forma misma.

No es en él —como bien lo ha dicho Orrego— esa voluptuosidad intelectual y fría del parnasiano que no traspasa el sobrehaz o la percepción externa y visual de las cosas.

Oigamos al prologuista:

Es una alma tremante y efusiva que se sirve de la forma como un instrumento o un símbolo de su pasmo lírico. La forma es sólo una metáfora de la realidad y por eso el poeta metaforiza con ella sus más profundos estados anímicos, hasta tal extremo que alcanza a veces a "formalizar" emociones abstractas. Tiene del parnasiano el amor acendrado de la línea, del color y de la luz; y tiene del lírico el pasmo y el estremecimiento dionisíacos.

.....

En efecto, puede verse a través de la obra de Spelucín, que la forma es sólo una "mediatización del ser y del pensamiento en sí".

O como dice Orrego: "En esta poesía la forma no devora al espíritu, sino que le sirve de vehículo revelador".

* * *

Abundaríamos en pruebas de este aserto.

Remito al lector, de preferencia, a poemas como: "La Elegía de la Musardina", que dedicó a Juan Manuel Sotero, "el Negro"; o esa "Plegaria de Amor", uno de los poemas más estremecidos de nuestra lírica americana en que, con algo del apasionamiento de Alfonsina Storni, quien llevó su imploración de amor hasta el suicidio, se arrojó una noche de desolación, al océano, allá en el Mar del Plata.

Clama Spelucín a Dios, desde el fondo de su soledad incomprendida, por “esa estrella de ternura y albor”:

*¿No me darás la arcilla de la cantera rosa
Donde labrar mi vaso para gustar Amor
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
Donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?*

También “El Cristo de la Sonrisa” que consagró a José Vasconcelos, el Maestro, poema nunca mejor interpretado que por esa buena discípula de Bertha Singerman que es Consuelito Guibert; y “Carbón Marino” que epiloga un bello, magnífico, al finalizar cuya lectura nuestra alma se eleva, en efecto, hacia “esos mundos que nos tienden su escala / de anhelos infinitos entre el azul nocturno...!”

¡Ah! y la «La Gran Danza en La Mayor», que no resisto a la tentación de citar fragmentariamente aunque fuera, para que no se nos pase inadvertido:

.....
Después...

*Después la danza báquica
y meridiana de la Vida.
Y el resolverse todo en Alegría.
El Dolor, la Muerte misma,
son las más inauditas alegrías.*

*Dios toca eternamente su pandero,
(cascabel, caramillo, si queréis),
y nos hace danzar días y días
hasta que danzamos la DANZA EN LA MAYOR.*

*¡Y mientras tanto las frutas que maduran!
¡La miel hirviendo en el rosado vaso!
¡La energía del mundo que se acoge
al cénit musculoso de la carne!
¡Y Luz, foco de Luz, incendio de Luz
en el sensorio deletreador!*

*Por último, siluetas, perfiles, nebulosas.
pero siempre LA GRAN DANZA EN LA MAYOR.*

5

El tema, el protagonista, diríamos, de *El Libro de la Nave Dorada* es el Mar.

El Mar del Caribe donde muy joven aún —apenas traspuestos los veinte años— ancló su barca peregrina.

Nos lo dice el propio Spelucín en la nota con que epiloga el libro:

El Libro de la Nave Dorada fue escrito, casi totalmente en el seno de la Isla de Cuba, donde el autor vivió días esforzados y gozosos. Enamorado de su gran sol tropical, intentó llevar a su verso una vibración siquiera de tan alta maravilla lumínica. Si en parte ha logrado su fabuloso anhelo, ¡gloria plena a los dioses que le dispensaron tal gracia, y, sobre todo, a la incomparable Isla de Oro que supo acoger, con

una dulce suavidad materna, las palpitations de esta ilusionada y mortal criatura estética! Amén.

El Mar del Caribe sí, pero con reminiscencias del mar de Malabrigo —el primero— el que dejó en el poeta honda huella desde sus días infantiles, cuando de Ascope iba con la familia a pasar, en la apacible playa balnearia, los rigurosos días del verano.

Luego, el mar de Salaverry.

Y el de Huanchaco —el de su juventud con la Bohemia de Trujillo—: la caleta vernácula de los Huamanchumos y Piminchumos, la de los anchos, espléndidos atardeceres que vierte lentamente la noche sobre los mudos, abandonados muros de la vecina Chan Chan.

El mar de Huanchaco, con sus frágiles caballitos de totora, de proas afinadas, cantado también bellamente por ese otro gran aeda del Mar, Wilfredo Torres Ortega (1920-1972), el que ha tiempo partiera *“como aquellos marinos que no vuelven jamás...”* (El verso es de Wilfredo).

Sí, claro, estuvo también Spelucín en Nueva York, «la babélica urbe de monstruosos y voraces tentáculos»: mas casi de visita...

Cantó allí asimismo whitmaneanamente a esos anónimos barcos del puerto más concurrido del mundo.

Y nos dejó de River Side la estampa de una visión seráfica, que pasó, en medio de esa “jauría de autos en que más de un *bull dog* rampante ladró a la gentileza del fino potro inglés”...

¡Aquella inolvidable visión, toda joyas, toda perfume, toda languidez!:

Yo la miré y me dije —¿Qué tristeza la agobia?

Una fulgente estrella floreció en su pupila

y dio a su dulce rostro un éxtasis de novia

y a la dorada tarde un vago tono lila.

Tenía ese prestigio de algo que es sólo un sueño:

Ligero temblor de alas o celaje fugaz.

La emoción, el recuerdo de su paso risueño,

como un cuervo poesco, musitan: “¡Nunca más!”

6

A *El Libro de la Nave Dorada* seguirá —tardíamente— el de *Las Paralelas Sedientas* (Lima 1938), cuyos poemas empezó a publicar en “Mundial”, desde una década atrás, por el año 28.

Son los versos que ya Orrego anuncia en 1926 al prefaciarse *La Nave Dorada*:

Este libro no registra la ingente complejidad espiritual del creador. Individualidad caleidoscópica que refleja la múltiple maravilla del Universo. Apenas las últimas composiciones finales servirán al lector como leve indicio del súbito vuelo metafísico que cobrará la unción lírica del mañana.

Ha pasado ya, en efecto, la hora de las ensoñaciones de Eva, del dariano: *“Y la carne que tienta con sus frescos racimos...”*

El poeta inclina ahora, pensativa, la testa antes soñadora, atraído esta vez por sombrías, hamletianas elucubraciones ontológicas: la presencia cada vez más próxima de la Muerte, de esa *Mors rapax*, esa Muerte que todo lo arrebató, como decía Tíbulo.

Y esto lo lleva al tratamiento de otro lenguaje, más desnudo y directo, si no a la escogencia de nuevos ritmos y al uso de un casi ascético vocabulario.

Bien dice Pedro Moran Obiol, noble amigo de su senectud, colega en la Universidad Nacional del

Sur, quien solía frecuentar aquella blanca casita de tejas rojas, circundada de árboles y floridos rosales que habitó el poeta en los años finales de su exilio argentino:

Ha quedado atrás el deslumbramiento producido por lo inusitado de las correspondencias y la novedad de las metáforas. Niega sus ojos Spelucín al paisaje exterior y los vuelve a la acendrada contemplación de la intimidad de su alma. En sutiles arpegios de musicalidad transubstanciada, acosa ahora al que abreva sus fuentes con la hondura humana y real de sus acentos, como implacable escalpelo que, lacerando llaga viva, quisiera dar la presentida nostalgia de un mundo mejor.

Sí, veraces versos-llama que alientan en sus luces estremecimientos de algo recatado, inefable, que el poeta deseó transmitir...

*... como de cuerdas rotas, de alas que se despliegan,
de capullos que estallan, y de notas que juegan
con cadencia y con ritmo que jamás se escuchó.*

7

Cuando, en 1961, volvió el Perú a la anormalidad —sí, ¡a la *anormalidad!*— de su vida democrática, el Partido Aprista le pidió que retornara.

Vendrían las elecciones de 1962. Se le postularía nuevamente para una de las senadurías por el Departamento de La Libertad.

Nos vimos, esta vez, en Trujillo.

Me citó en casa de don José Cassinelli Mazzei, en la calle San Martín 972, donde solía hospedarse, convertida hoy en hermosa mansión, que la generosidad de ese ilustre Mecenaz incomprendido que es Pepe Cassinelli ha destinado a “Casa del Artista”.

(¡Qué baldón para el Perú que nuestro Instituto Regional de Cultura —lejos de premiarlo por este gesto sin precedentes— le haya impuesto una onerosa multa que ha tiempo espera el fallo de nuestra Corte Superior de Justicia!).

Le pedí a Manlio Holguín Gómez, nuestro genial dibujante y pintor, que me acompañara, con el propósito de que le hiciera un apunte, de los tan aplaudidos que por años publicaba en “La Industria”, en “Norte” y en otros periódicos y revistas de la época, como puede apreciarse en la valiosa colección de la Casa Museo Juan Félix Cortés.

Hablamos en aquella oportunidad con Spelucín del Simposio de Córdoba, celebrado entre el 12 y el 15 de agosto de 1959, en torno a la personalidad y la obra de César Vallejo, en que participaron ambos y —entre otros— Xavier Abril, Emilio Estevanovich, Juan Larrea y Guillermo de Torre.

Era el segundo año de la muerte de Antenor Orrego, su cuñado, y bien se veía cómo esto le había afectado tremendamente.

Nos agradeció a Manlio y a mí por lo del homenaje que organizamos en Trujillo a Antenor, no bien el Maestro retornó de Argentina, de aquel trascendente certamen.

Homenaje —después de todo— un tanto tardío, el que le ofrecimos en el Teatro Municipal, el 8 de noviembre del 59, a sólo seis meses antes de la intempestiva muerte del filósofo de *Pueblo Continente* y *El Monólogo Eterno*, acaecida al año siguiente por infarto cardíaco el domingo 17 de julio de 1960, en su casa de Miraflores, donde me recibió más de una vez.

Quedamos con el poeta en vernos al día siguiente.

Enterado de la muerte de Xandóval, quería dar el pésame a su viuda, doña Rosina Espejo Asturrizaga —hermana de Juan y de Carlos Espejo Asturrizaga—, vinculados, como se ha visto, a Spelucín, desde los días juveniles.

Xandóval, el poeta de *Canciones de Maya*, había muerto la mañana del 26 de noviembre de 1960 —víctima de su adicción al tabaco—, de un cáncer, de un doloroso cáncer a la laringe, que conllevó con ejemplar estoicismo, dándonos ya en el tramonto de su vida, la hermosa lección de cómo se ha de enfrentar con gallardía a la muerte.

A la Muerte —a la “Bella Inviolada” que cantó Rubén—y a la que él nos presentaba allí en San Juan, en clase, con los atractivos de la Thánatos helénica: virgen y casta como Diana, vaporosas las leves vestiduras... ¡Deslumbrante, constelada de lises sidéreos, llevando en la diestra el cáliz del néctar del Olvido...!

Allí, en Colón 525, en la pequeña sala donde Xandóval solía recibir a discípulos y amigos, y trabajaba hasta avanzadas horas de la noche, asistí silencioso aquella tarde al diálogo familiar entre el poeta Spelucín y doña Rosina, y a la evocación de aquellos ya lejanos días de su juventud —hoy sombras luminosas—, cuando la Bohemia de Trujillo, en torno a Antenor, a César, a Víctor Raúl, a Oscar, a Federico, a José Eulogio...

Y a vista del retrato de María Rosa Sandóval, la hermana muerta, —María Bashkirtseff’, como dieron en llamarla los del grupo—, devino inevitable el recuerdo nostálgico de la amada imposible de Vallejo, de aquella: “Pureza amada que mis ojos nunca llegaron a gozar. Pureza absurda!”

Frustrado en 1962 el voto popular una vez más; traicionado, por el veto militar a la victoria de Haya de la Torre y del Aprismo, Alcides retornó a Bahía Blanca.

Mas, ésta vez, para siempre.

* * *

Siete años más tarde, en 1968, salía yo para una gira por cuatro países del Cono Sur: Chile, Argentina, Uruguay y Brasil...

Madrina Rosina me encomendó llevar, con cordial dedicatoria, dos ejemplares de *El Libro de las Paráfrasis*, libro póstumo de Xandóval que habíamos logrado publicar con Andrés Aguirre Lynch en 1967, a 7 años de la muerte de su autor: Uno era para Xavier Abril, residente en Montevideo; el otro, para Alcides.

Eran días de crudo invierno en Buenos Aires, y acuciado por compromisos anteriores con universidades de Uruguay y de Brasil, desistí por sugerencia de don Fermín Estrella Gutiérrez —y muy a pesar mío— de ir hasta Bahía Blanca, en el extremo Sur del continente, donde el poeta vivía.

El Dr. Gabriel del Mazo, líder e historiador de la Reforma Universitaria de Córdoba, y común amigo nuestro, quien me recibió auspicioso en su casa de la calle Sarmiento Nº 1757, me ofreció gentil hacer llegar el libro a su destino.

Seguí rumbo a Montevideo y Río de Janeiro. No tornaría a ver más al poeta de *La Nave Dorada*

Allí, en Bahía Blanca, frente al mar austral que la ceguera le impedía ya ver, murió la tarde del 28 de mayo de 1976. Se apagaba con él —como entonces lo dije— una de las voces líricas más eximias que hayan cantado al mar en nuestra América...

Sí, murió esa tarde y frente al mar, en medio de los fríos vientos glaciales del Sur, con los ojos ya

invidentes — “lagunas opacas de agua muerta” — y como acaso lo presintiera en aquel su hermoso verso de juventud: “La hora penúltima”:

*Serás en esa tarde, como una puerta abierta,
y a niños y a mancebos prometerás la entrada;
pero huirán, como huyen de la vetusta rada
los tiernos bergantines de arboladura experta.*

*Será un distante anhelo de lumbre tu mirada,
y tus ojos, lagunas opacas de agua muerta.
¡Tendrás la enjuta mueca de una casa desierta,
y el viento del olvido te dirá su balada!*

*Será la hora maga en que los aposentos
se embadurnan de sombra; en que pasan los vientos
como esas largas colas de las abuelas muertas...*

*Todo tendrá un semblante presagioso de espera,
y se oirá, por último, la palabra agorera
de ese algo sombrío que hay detrás de las puertas!*

* * *

Post Scriptum:

Allí, en Bahía Blanca, bajo cielo argentino, —en “esa rada quieta y escondida, refugio de serenidad”—, donde alcanzó por fin su vida aquel “lecho azul de eternidad”, bien podría grabarse sobre el mármol que consagra la tumba del poeta en exilio, estas palabras suyas:

*Midió con sus pasos impacientes
y sus sueños redentores
el tamaño de todas las prisiones
y la lejanía de todos los destierros.*

R-A.

Trujillo, 14 de noviembre del 2014